La reciprocidad II – (La sociedad de los gatos)

Aunque esta página es pública, siempre he intentado dejar claro que es un sitio personal de catarsis. No en vano es personal, como diría Calle 13:

> *"No me interrumpas, este es mi viaje*
> *Este es mi rollo, esto es personal*
> *Más personal que un hongo vaginal*
> *Más personal que un hilo dental cubriendo la zona anal*
> *Más personal que meterse sal por el conducto nasal*
> *Y no he terminado!"*
>
> *—"La madre de los enanos", Calle 13*

Uno comparte estas cosas porque es una vía esencial para conectar con los demás, gestionar nuestras emociones y crecer como individuos. Aunque parezca extraño, a veces sucede que alguien más tiene las mismas tribulaciones que uno.

Sin embargo, en lo que respecta a crear conexiones, no me considero un experto; de hecho, soy un detractor de cierto tipo de relaciones. ¡Y usted que está leyendo esto no debe malinterpretarme! No soy una persona introvertida ni, como dicen en mi tierra, "mala clase". No ando por ahí cerrando mis posibilidades de interacción y mucho menos juzgando a nadie más allá de la crítica constructiva desde mi propia perspectiva de la vida.

Por el contrario, soy muy abierto. Soy un ser sociable y capaz de fraternizar con gente de posturas diversas, por muy crítico que pueda ser con sus opiniones o las mías. Quien se ha dado a la tarea de abrirse conmigo, sin excepción, ha terminado por entender que soy una persona franca con la que se puede hablar de cualquier tema. Con la capacidad de brindar un concepto crítico, una perspectiva nueva y quizás diferente a la que ellos mismos tienen.

Al final, los cambios y ajustes de perspectiva siempre vienen de la gente capaz de expresar su opinión de manera respetuosa con las opiniones ajenas. Por supuesto, esto solo puede ocurrir en un ambiente donde, como mínimo, exista la apertura inicial de considerar los matices de un asunto, sin la "carnicería activista" de quien, aun aceptando la lógica del otro, es incapaz de dar su brazo a torcer solo por orgullo.

Si bien mi papel en muchas ocasiones es, como ya lo he dicho antes ser un agente de la disertación, no prometo la conversión de las “almas impuras”. Lo único que siempre tiene claro quien sea que se atreva a divagar conmigo es que, para hacerlo, es necesario abrir la mente.

Admito que soy una persona de ideas arraigadas, y a veces es tedioso expresar, y peor aún definir esa ambivalencia, pero no considero que tener un sistema de valores claro, posturas firmes o críticas definidas me excluya de poder disertar. Esa posibilidad se da cuando uno acepta el límite interpersonal. Y es que todos podemos cambiar de parecer. Incluso con esas ideas arraigadas, una que otra vez he tenido la fortuna de toparme con individuos cuya capacidad de disertación ha sido capaz de sembrarme, al menos, una duda razonable. Y en muchos casos, esa duda ha desembocado en modificaciones a mi forma de pensar y de actuar. En conclusión: no soy irracional en mis convicciones.

No obstante, lo anterior me ha llevado a plantearme en varias etapas de mi vida, y en cada una de ellas motivado por mi estado actual, una disertación específica sobre mí mismo, en cuanto a la forma en que me relaciono con los demás en un sentido afectivo.

Ahora me pregunto: ¿en qué otro sentido podría ser? Al final, si uno se relaciona, siempre e indudablemente lo hace en un sentido afectivo. Ello se debe a que, cuando hablamos de relaciones, hablamos de la conexión individuo-individuo. Por más que uno intente excluir alguna

dimensión de lo que es, siempre, a la larga, está ahí. Por más que uno se aguante.

Excluiré de facto esa "relación" individuo-cosa, porque no considero que algo como una piedra o un árbol puedan ser generadores de "relaciones" en el sentido estricto o simple de la palabra. Aunque haya quienes decidan casarse con una almohada o con una patineta.

Entendida la diferenciación, espero que quede claro lo que quiero expresar: un nivel de relacionamiento no puede darse sino única y exclusivamente entre individuos, entiéndase seres humanos, o por lo menos en el sentido de la reciprocidad y de la equidad.

Entendida la diferenciación, espero que quede claro lo que quiero expresar: Un nivel de relacionamiento no puede darse sino única y exclusivamente entre individuos, entiéndase seres humanos, o por lo menos en el sentido de la reciprocidad y la equidad. Ahora, antes de que me digas "¡Y mi gato!, ¡y mi perro!, eres un idiota...HDSPM ", vamos al meollo del asunto.

Acerca de la reciprocidad

Quiero iniciar mi disertación con el tema de la **reciprocidad** porque es la brújula que rige toda interacción. No quiero parecer simplista, pero la reciprocidad, a groso modo, es la necesidad de recibir en la medida en que se da.

Volviendo al tema de la piedra o la almohada, no se puede esperar reciprocidad de un objeto. Aunque insista en dormir cada noche abrazado a mi almohada, su capacidad de relacionamiento es nula. La almohada está ahí, es suave, pero no me va a abrazar ni a darme un beso de buenas noches. En este caso, mi almohada está cargada por la

emocionalidad de un recuerdo o un deseo, pero es absolutamente inútil para ofrecerme una noche, siquiera lejanamente, recíproca. Claro, tiene sus ventajas: se le puede aventar en medio de la noche sin incurrir en una denuncia por violencia familiar.

Esta pequeña observación nos acerca a lo que quiero expresar. Las relaciones, en el sentido de la reciprocidad, pueden ser vistas como un intercambio. Cada relación, por más altruista que sea, es un negocio. Todos, en un sentido estricto, esperamos algo de los demás. Incluso en las relaciones más "desinteresadas" hay un interés mínimo.

Tomemos como ejemplo la relación madre-hijo. Se podría decir que esta relación carece de interés, pero no es cierto: siempre hay unos mínimos. La madre, altruista y sacrificada, como mínimo espera que su esfuerzo sea recompensado en buen comportamiento, disciplina o respeto. El nivel de retribución esperada varía de acuerdo a cada relación, pero siempre se espera algo.

Como siempre he dicho: la única persona que no espera nada de ti es la que piensa que no tienes nada que ofrecer. Sin embargo, todos, sin excepción, tenemos algo que ofrecer, incluso en el sentido más materialista o utilitarista. Por ello, el relacionamiento interpersonal es, y será siempre, un **intercambio**: yo te doy y espero que me des. Si siento que no tienes nada para mí, ¿para qué me esfuerzo? El meollo del asunto radica en el nivel de ese intercambio.

Mis descubrimientos sobre la reciprocidad

Después de muchas batallas en mis relaciones, por fin he logrado entender, a fuerza de golpes, la importancia de la reciprocidad. En el pasado, la pensaba en un sentido romántico, creyendo que la retribución sería la consecuencia inequívoca de mi esfuerzo. ¡Qué grave error! La reciprocidad tiene un lado A y un lado B. No existe una relación

interpersonal que no requiera el mínimo de dos personas, cada una con su propio sistema de valores, creencias, traumas e historia de vida.

Entonces, la reciprocidad no se trata de dar para merecer, sino de lo que el otro siente que mereces en retribución por lo que das, de un intercambio honesto. En una época de mi vida, me dije a mí mismo que la gente estaba tan acostumbrada a relaciones insulsas que era incapaz de mantener conexiones honestas y significativas.

Más adelante me di cuenta de tres cosas:

1. **La falta de experiencia en relaciones significativas.** Hay quienes se han relacionado de una manera tan superficial que esa es la única forma de relacionamiento que entienden. Para ellos, un intento de conexión significativa es un asunto realmente difícil, casi imposible, y lo perciben como algo enfermo o "tóxico".
2. **El interés utilitarista.** Hay quienes solo les interesa recibir. Con estas personas es imposible establecer relaciones recíprocas, ya que son puramente utilitaristas. Lo que me costó entender es por qué estas relaciones no están satanizadas. La respuesta, que me avergüenza admitir a mis 44 años, es que son relaciones de uso y desuso, no buscan ser significativas. Son un intercambio de necesidades satisfechas sin el propósito de formar vínculos. Aunque mi sistema moral esté en contra, debo admitir que, a la larga, es un tipo de relacionamiento viable y, por lo menos, hay reciprocidad. El ejemplo más claro es el "acostón de fin de semana": "Tengo ganas, tú también. Lo hacemos, no nos vinculamos". Es un tipo de relación que, desde un sistema de valores ajeno al mío, es totalmente aceptable. Como dice el dicho: Pero pues, cada quien
3. **La retribución no es obligatoria.** El nivel de la entrega no obliga a la retribución. La retribución depende exclusivamente del otro, de su sistema moral, de su nivel de satisfacción, o de su capricho. Mi peor error en las relaciones fue pensar que la retribución dependería solo de mi esfuerzo. Me vi muchas veces "dándola toda", invirtiendo todo lo posible con la certeza de que merecía una

gran recompensa. La verdad es que nunca tuve en el radar las posibilidades del otro.

El sueño mágico de agrandar la recompensa.

Cuando uno piensa de esa manera, se encuentra en un círculo vicioso de frustración. Lo peor es que, más allá de recibir de forma equitativa, lo que uno termina generando en el otro es una sensación de saciedad sin inversión. Para explicarlo mejor: nadie está dispuesto a invertir en lo que es gratis.

Hoy me parece absurdo no haberlo visto antes. A veces me siento un poco estúpido, pero luego recuerdo que sí hay relaciones basadas en la bondad. Estas relaciones parten de la **equidad**, no de la igualdad. Por ejemplo, en una relación de bondad, si yo doy, mi expectativa no es recibir lo mismo que doy.

Esto es importante porque siempre habrá situaciones en las que uno de los dos deba invertir más. Lo que nunca sale de esa ecuación es la **reciprocidad en un sentido de equidad**. Quizás me he demorado demasiado en asimilar "El Principito".

En "El Principito", la reciprocidad es un tema central que se manifiesta en las relaciones que el establece, y se subraya que los vínculos significativos no son unilaterales.

La relación con el zorro es el ejemplo más claro: este le enseña que el proceso de "domesticar" es un acto de reciprocidad, donde al invertir tiempo y crear un lazo, se asume una responsabilidad mutua. El Principito le dedica tiempo al zorro, y a cambio, recibe la sabiduría de que "lo esencial es invisible a los ojos".

De forma similar, su vínculo con la rosa se basa en el cuidado mutuo. Aunque la rosa es vanidosa, el Principito aprende que el valor de su flor reside en el tiempo y el esfuerzo que le dedicó, lo que la hace única para

él. Así, el libro concluye que la verdadera riqueza y el sentido de la vida surgen de las relaciones de cuidado y dedicación mutua.

Equidad y no de igualdad

Para no darle muchas vueltas al asunto, quiero dejar clara una cosa: no hablo de **igualdad**, sino de **equidad**. La igualdad sería darle a todo el mundo exactamente lo mismo, sin importar sus necesidades. La equidad, en cambio, es darle a cada quien lo que necesita para estar en el mismo punto de partida. Es un asunto de justicia.

En las relaciones, no se trata de que los dos den exactamente 50/50, sino de que cada uno dé lo que puede, en la medida de lo que el otro necesita, para que el resultado sea justo para ambos. Pero la equidad es también un asunto de **empatía**, de no actuar con miseria.

Digo esto porque algunas personas se toman las relaciones como un asunto de poder, de quién de los dos es "el que manda". En muchas de esas dinámicas, la "parte dominante" se vuelve avara con la "parte dominada". La relación termina por convertirse en una de subordinación, una reciprocidad entendida como domesticación, en la que la parte dominante ejerce las recompensas a capricho, e incluso por encima de sus propias satisfacciones, con tal de mantener su hegemonía, lo que es lo mismo: por capricho.

Por lo anterior, la equidad se me antoja también como la **consideración por el otro**, no en el sentido de actuar por compasión, ¡para nada!, sino como esa conexión irrevocable con la emocionalidad de la otra persona. Ante todo, una relación sana y equitativa debería basarse en mantener la satisfacción de la otra parte. Me refiero a que el propósito debería ser recompensarse de manera constante, y no pasar al extremo en que todo es un castigo para el otro. Así, hasta el sexo se convierte en una forma de castigo (la privación de él).

Siento si alguna lectora nota en mis palabras la expresión de algún trauma de mi vida, pero en serio no es personal, y puedo afirmar que he visto casos de un lado y del otro. Igual, no es lo que quiero discutir ahora.

Relaciones significativas

Aunque he admitido que las relaciones utilitaristas y de poder también tienen su propia forma de reciprocidad, y son un tipo de relación viable para algunos, no son el enfoque que me interesa. La reciprocidad en esos casos es un intercambio de conveniencia, no de conexión; es una transacción. Mi camino y mi búsqueda personal se centran en una reciprocidad más profunda: aquella que se basa en la **equidad**, la **empatía** y la **consideración por el otro**. Es ahí donde, a mi parecer, se construyen las verdaderas **relaciones significativas**.

Si bien "El Principito" ya ha abordado de forma amplia y efectiva el tema, aún hay un par de cosas que quiero decir. Me da algo de miedo abordar este subtema, porque cada vez que lo hago me siento un poco "estúpido", sintiendo que di tanto y recibí tan poco. Luego me calma la idea de entender que lo hice por bondad, por una falta de suspicacia e incluso por inocencia. Ahora me doy cuenta, con total claridad, de lo que debí haber descubierto hace mucho tiempo. Quizás puse demasiada fe en la humanidad.

Cuando hablo de relaciones significativas, me refiero a ese tipo de relaciones que se diferencian de las utilitaristas (de bienes y servicios), las superfluas y las vacías, que no tienen expectativas.

Lo expresado aquí refleja mi sistema moral y no espero que quien lo lea se sienta agredido. Hago esta salvedad porque cuando se habla de principios, son mínimos inamovibles. De ellos emana nuestro carácter y nuestra visión del mundo, así que no me queda otra que desabrocharme el gabán y exponerme tal cual, como cuando digo "eso es lo que hay".

Las relaciones significativas están basadas en unos mínimos que deben estar presentes para que el vínculo sea sano, respetuoso y sostenible. No entraré a definirlos uno por uno, pero personalmente considero que no puede existir una relación significativa si no hay una conexión genuina con las emociones del otro y si no se actúa con **responsabilidad afectiva**.

De igual manera, no puede existir una relación significativa si no se acepta la necesidad propia y del otro de ser retribuido por lo que da. Es evidente que todos queremos sentirnos comprendidos y valorados.

Todo esto no puede darse sino en un ambiente de **respeto** y **comunicación clara y honesta**, que parte de la confianza y del establecimiento de los límites propios (mis mínimos) y del respeto por los del otro (los mínimos del otro).

Todo este asunto es, en realidad, subjetivo. Hará falta mucha conciencia crítica para establecer esos mínimos y mucho esfuerzo para ser responsables con uno mismo y con el otro. Es un trabajo constante para mediar entre dos sistemas de valores y, a partir de ahí, construir una interacción significativa.

Ojalá uno fuera "bien informado" y honesto desde el principio, pero la verdad es que el orden en que evoluciona una interacción no siempre lo permite. Al principio es demasiado rápido para hacer ciertas preguntas o expresar ciertas ideas, y luego, a menudo, ya es demasiado tarde.

El camino de la honestidad

A fin de cuentas, quizás lo único que podemos hacer es avanzar, pero si cada relación parte de la **honestidad**, es probable que podamos hallar, eventualmente, una pareja de individuos bien informados y a tiempo.

Yo siempre he visto la honestidad como el camino; sin embargo, hace tiempo preferí la **honestidad aumentada**: esa de exagerar mis propios

matices. Quizá más adelante, si alguien se compromete, se sienta aliviada de que el “asunto” no sea tan grave.

No soy consejero sentimental. Cada quien debe decidir qué hacer o qué sentir, qué expresar y cómo equivocarse. Yo tengo mis propias maneras de hacerlo.

La sociedad de los gatos

La humanización, en términos generales, es el proceso de hacer algo más humano. Nótese en este concepto dos palabras clave: "**algo**" y "**humano**". Por definición, "algo" en este contexto es lo que no es humano.

Este concepto lleva implícito el hecho de que tenemos una especie de manía de convertir esos "algos" en algo a "nuestro servicio". Más allá del tufo antropocentrista, es válido señalar que la relación del ser humano con todo lo que lo rodea es una relación servil; es decir, tenemos la manía de poner todo a nuestro servicio, incluso a otros humanos, aunque se resistan, con ejemplos históricos y actuales totalmente grotescos.

No es mi papel "reencarrilar" las ovejas descarriadas, como decía al inicio. Solo soy un agente de la disertación. Tampoco es labor de este escrito establecer reglas universales o ahondar en toda la psicología social que implica la titánica manía de exponer una sociedad enferma y sus enfermedades. Supongo que "estudios prestigiosos" han abordado el tema de una mejor manera (con presupuesto).

No en vano este texto se llama "La sociedad de los gatos". La idea final es focalizar toda esta disertación en las relaciones entre humanos y perros o humanos y gatos. Me gustaría, en pequeña escala, criticar o, por lo menos, diferenciar esos tipos de relaciones que uno ve tan claras en el contexto de la humanización de las mascotas y la reciprocidad, entendida como la he expresado. También podría hablar sobre la

naturaleza de una piedra, pero me parece más apasionante una discusión con un "terraplanista", ¡sorprendentemente todavía los hay!

La idea de la sociedad de los gatos se me ocurrió, la verdad, desde siempre, aunque no había tenido la fluidez o el valor necesarios para hablar del tema de una manera razonable y sin que se me juzgara de inmediato, como muchos de quienes lean esto harán. Sobre todo, porque es un tema actualmente muy sensible. Y se me ocurrió por el particular asco que me produce la proliferación de ciertas prácticas humanas en el trato con sus mascotas.

Pero para abordar "La sociedad de los gatos" de una manera precisa, es importante declarar primero algunos aspectos fundamentales, ya que lo primordial y esencial surge de la especificidad de cada especie.

La especificidad del ser humano

Si bien los humanos poseemos una complejidad cognitiva y cerebral notable, esta no nos hace inherentemente "superiores" o "más evolucionados" que otras especies. Un árbol, por ejemplo, tiene una complejidad fisiológica asombrosa. Sin embargo, el ser humano posee una combinación única de características que lo distinguen: **bipedismo**, un **cerebro grande**, **lenguaje articulado**, **cultura**, **conciencia de la muerte**, etc. Todas estas características nos definen como especie. De todas ellas, la más relevante para el tema que nos ocupa es el **raciocinio avanzado** en cuanto a la **cultura**, entendida como el conjunto de saberes, creencias, valores y tradiciones.

Según esta definición, solo el ser humano posee cultura como característica diferencial. Y sí, esto excluye a perros y gatos, ya que no hay pruebas de lo contrario.

Al referirnos a nuestros próximos "sujetos de análisis" (perros y gatos), evadiremos las características físicas por obvias razones. Tampoco veo necesario llegar al extremo de que alguno de mis lectores no tenga la perspicacia de verse desnudo al espejo y compararse con su perro y su

gato y ver similitudes. Si usted no logra ver la diferencia, es lo que yo denomino un "caso perdido" para disertar conmigo.

Lo relevante es el asunto comportamental, la dimensión cultural y cognitiva. A primera vista, podría parecer que no se puede establecer una relación de reciprocidad entre humanos, perros y gatos, pero el asunto es más complejo. Sí, somos especies en extremo diferentes, pero vale recordar que perros y gatos son animales con conductas de apego, vínculo social y algún tipo de comunicación especializada; también poseen rasgos de personalidad y pueden desarrollar rutinas y hábitos.

Aquí es donde la aparente incompatibilidad interrelacional se transforma. A pesar de cualquier crítica, es posible señalar que sí puede establecerse una relación de reciprocidad. El problema es la humanización.

Retomando "El Principito", en su historia sí hay una relación de reciprocidad, pero con un factor clave: se respeta la naturaleza de los personajes. Cada uno da en el orden de sus naturalezas fantásticas.

Humanización: una forma de sumisión

Aunque en muchos casos la relación de los humanos con sus mascotas pueda ser recíproca, surgen dudas en el contexto de la humanización. Como dije, la humanización es la tendencia a tratar a las mascotas como seres humanos, atribuyéndoles emociones y necesidades que no les corresponden a su especie.

Y entonces, esa relación servil que arranca hace miles de años con la domesticación, en "La sociedad de los gatos" se ha convertido casi en una relación de sumisión violenta, donde la reciprocidad esperada no obedece a la naturaleza instintiva de la especie. Si tienes un gato, te pregunto: ¿cuántas veces lo has tomado a la fuerza para llevarlo a tus piernas, por más que se resista y te clave las uñas? El resultado es igual que en toda relación de sumisión, como decía, con ejemplos históricos y actuales totalmente grotescos.

¿Sumisión o reciprocidad?

La simple verdad es que muchas de las razones por las que la gente tiene mascotas están ligadas a la necesidad humana de conexión y afecto. Las mascotas llenan un vacío en la vida de muchas personas, especialmente en un mundo cada vez más egoísta y falto de valores. Se proyectan en ellas sentimientos y comportamientos humanos.

En este sentido, y retomando "El Principito", no hay una verdadera reciprocidad porque no se respeta la naturaleza de los animales. Al gato le nace alebrestarse ante un extraño, desenrollar el papel de baño o arañar tus muebles. Al perro le nace levantar la pata para marcar territorio, comerse la basura o tomar agua del retrete. Al gato no le nace "ser un peluche" para tus recaídas emocionales, y si tu perro pudiera, no aguantaría 12 horas para salir a la acera del vecino a cagar.

Lamento tenerte en vilo hasta ahora si buscabas respuestas. No tengo la verdad. Pero sí puedo decirte que muchas de las cosas que te encanta que tu perro o tu gato hagan, y a las que los obligas, van en contra de su naturaleza. Y eso no es una relación de reciprocidad.

No critico la tenencia de mascotas. Pero me parece pintoresco el asunto de la acumulación de gatos, que suelen ser menos compañía que los perros. Siento que sus dueños acumulan uno sobre otro para tratar de llenar vacíos en esos períodos de independencia natural de la mascota.

"La sociedad de los gatos" se refiere a esos casos. ¿En serio puede uno estar tan vacío que necesita un ejército de gatos para huir de sí mismo y sus tribulaciones? No lo sé, realmente no lo sé.

Si has leído mi página o has hablado conmigo, sabes que soy un tipo que ha atravesado un sinnúmero de tribulaciones buscando relaciones honestas y recíprocas. ¿Exceso de fe en la humanidad? Puede ser. Pero ni siquiera tengo una mascota. Ni una.

La única razón para plantear este tema era hacer una pequeña crítica. Al final no salió tan corta porque es un tema largo. Lo importante que

quería era hablar sobre la reciprocidad y usar la humanización de las mascotas como una semilla para que, desde la perspectiva de dar y recibir, te atrevas a construir relaciones auténticas y recíprocas, aunque fracases.

Muchos humanos no logran establecer una reciprocidad sana con otros humanos, y en cambio la buscan en una relación desequilibrada con animales. Parecemos incapaces de ver al otro (sea humano o animal) por lo que es. En lugar de eso, lo sometemos a nuestros deseos y vacíos

A fin de cuentas, el zorro es zorro y la flor es flor. Ambos son, en todo caso, personajes ficticios, pero están bien definidos en la historia. Esto los hace superiores a una realidad en la que muchos humanos no logran definirse ni a sí mismos, lo que expresé claramente con anterioridad: sus mínimos. El establecimiento de esos mínimos nos regaló una obra maestra en el texto de Antoine de Saint-Exupéry.

Quizá el problema sea solo ese. Que algunos no diferencian la ficción de la realidad.

Emilio Pineda

www.duermevela.co